

«Hazlo».

Juana alzó los ojos para mirar al sujeto causante de aquel pensamiento hostil. Un hombre cualquiera en un día cualquiera que había escogido un mal momento para ir a la enfermería a inyectarse la vacuna.

«No ha hecho nada», respondió a la voz.

A veces le asaltaban deseos de ese tipo. Violentos. Desmedidos... Prohibidos. Se preguntaba qué se sentiría al hundir la punta de la aguja en su ojo en lugar de hacerlo en la blanda carne de su brazo.

«¿Importa?», insistió aquella voz.

Meditó antes de contestar.

«Lo cierto es que no», admitió.

Una pausa.

«Hazlo».

Y lo hizo.

Esa vez, por fin, se permitió rendirse a sus más profundos deseos y dio rienda suelta a su imaginación.